Esta obra forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM
www.juridicas.unam.mx http://biblio.juridicas.unam.mx

GALBRAITH, *John K. El nuevo Estado industrial.*

El libro *El nuevo Estado industrial* de John K. Galbraith es una afirmación y ampliación de algunas de las ideas que antes desarrolla en su obra *La sociedad opulenta.* Creo que puede ser de gran interés para profesores y alumnos de nuestra Facultad de Derecho, saber lo que está ocurriendo en los EUA, y conocer la transformación de nuestro poderoso vecino según el criterio de un economista y político que fue colaborador del presidente Kennedy, y después del asesinato de su jefe, se dedicó a hacer la interpretación del funcionamiento de la economía norteamericana. Ese fue el motivo que me impulsó a ofrecerles esta síntesis de dicho libro en su edición corregida por el autor.

Dice Galbraith que debido a la complicadísima tecnología moderna se requiere su país tal como es y agrega con ironía... la comprensión debería empezar por aquellos que enseñan la ciencia económica... Señala luego, que su tesis central es la de que en la moderna sociedad industrial, el poder se encuentra en las grandes sociedades anónimas que lejos de estar subordinadas al mercado, son las que fijan los precios y van sojuzgando cada vez más al consumidor sometiéndolo a las necesidades de la producción.

Pero, en la moderna sociedad industrial, el poder decisivo está en la organización, no en el capital, está en el burócrata industrial, no en el capitalista.

Hace setenta años —dice Galbraith— la anónima era el instrumento de sus propietarios: Rockefeller, Guggenheim y Ford eran conocidos en todo el país, mientras que ahora nadie conoce a los que las dirigen.

Dice Galbraith que debido a la complicadísima tecnología moderna se requiere un largo período de tiempo para el proceso productivo y también enormes sumas de capital, agrega que las grandes anónimas no pueden por tanto, correr los riesgos del mercado y se ven obligadas a planificar costos y precios, y para hacerlo buscan la ayuda del Estado. Luego afirma que la planeación industrial está ligada al gran tamaño de la empresa y aclara que el enemigo del mercado no es el ideólogo social, sino el ingeniero, el enemigo no es el socialista, sino el que aplica la tecnología moderna.

¿Que da el poder a un factor de la producción sobre los otros? Galbraith se responde: "sin duda la escasez resultante de la oferta marginal más inelástica".

En el pasado lo tuvieron los propietarios de la tierra, después los banqueros

DR © 1975, Facultad de Derecho de la UNAM

Galbraith trata luego una situación jurídico-económica que a su juicio es privilegiada frente a la ley. Dice que el grueso de la producción industrial procede de grandes sociedades que tienen mucho poder sobre el mercado, son los oligopolios, los que de ninguna manera son excepcionales sino que son el caso general de las industrias importantes dentro del llamado "el nuevo Estado industrial". Y señala que jurídicamente, si el monopolio es ilegal en cambio no lo es el oligopolio aunque produzca las mismas consecuencias, si bien con intensidad menor, lo que desde luego ha provocado grandes controversias entre los juristas que han discutido este problema.

El "nuevo Estado industrial" requiere que los precios se mantengan bajo un control eficaz, tanto los de los productos elaborados como los de todos los insumos que las grandes empresas requieren para hacerlos, esto es lo que da sentido a la planeación económica que las grandes sociedades anónimas están aplicando.

Pero hay además otro riesgo muy importante: la fluctuación de la demanda total disponible para todos los productos del sistema económico. La regulación de esta demanda se convirtió en política fiscal anticíclica en la década de los treinta siendo John Maynard Keynes su teórico principal. Por supuesto que este tipo de regulación ha contado con el apoyo decidido de la gran empresa madura y de su tecnostructura correspondiente.

Dice Galbraith —con razón— que con este tipo de política fiscal, es fácil conseguir rápidamente un aumento del gasto público en 10 000 millones de dólares si esa suma no representa más de un aumento del 10% de dicho gasto. En cambio sería casi imposible de conseguir si significara una duplicación del gasto público. En estas condiciones la existencia de un sector público poderoso, constituye el meollo de la mayor eficacia en la regulación de la demanda agregada mediante la planeación. Además, nuestro autor señala la inconveniencia de que múltiples partes del gasto público, de diversa índole, se sumen en el gran total; lo que conviene a la tecnostructura es que una partida sea decisiva en el total del gasto público, y que además garantice el proceso tecnológico acelerado; y nada —dice Galbraith— se ha acomodado mejor a estas condiciones que los gastos militares modernos y la política económica resultante de ellos, está en realidad de acuerdo con las necesidades del nuevo Estado industrial (y es muy posible que esa sea la tendencia de toda planeación: comunista, socialista o capitalista).

Nuestro autor pasa luego a examinar aspectos interesantes relativos al factor trabajo y dice que para la tecnostructura, una numerosa fuerza de trabajo constituye un elemento considerable de inseguridad y de peligro porque, ¿quién puede calcular la probabilidad, los costos y las consecuencias de una huelga.

En cambio la mecanización aporta seguridad porque las máquinas no declaran huelgas y sus precios pueden estabilizarse.

Así que la tecnostructura reduce la demanda de obreros, pero aumenta la de personal intensamente calificado; así que si el aparato educativo nacional no satisface esa modalidad, habrá escasez de personas altamente calificadas. Ya pasa eso hoy en día —dice Galbraith. Respecto a los salarios y a los precios, Galbraith señala que ambos se empujan recíprocamente hacia arriba en una espiral constante y que un comportamiento no inflacionista de los salarios tendría que ser de modo que su aumento en cada industria no fuera más allá del tipo tendencial del aumento global de la productividad. Este paralelismo entre salarios y precios es provocado con la planeación que promueve la tecnostructura en las grandes empresas.

Al llegar a este punto, el autor de *El nuevo Estado industrial,* afirma que en

DR © 1975, Facultad de Derecho de la UNAM

los EUA las relaciones obrero-patronales se han ido haciendo visiblemente más pacíficas a medida que la contratación colectiva se ha ido aceptando en la gran empresa industrial moderna.

Dice, resumiendo, que el paso del poder de los accionistas a la tecnostructura, el gran progreso tecnológico, la regulación de los mercados y la programación de los salarios en correspondencia con los precios, todo esto ha producido un gran efecto sobre la posición de los sindicatos y en todo caso ha reducido la función de éstos.

Afirma que lo que la tecnostructura da a los miembros de un sindicato obrero, podría darlo también sin el sindicato o sin tenerlo en cuenta, Galbraith hace hincapié en que el número de obreros trabajando en la gran industria norteamericana disminuye relativamente.

Durante los 11 años que van de 1958 a 1969 los profesionales de cuello blanco: directores, técnicos, oficinistas y vendedores aumentaron en los EUA en 10 millones en tanto que los trabajadores que son peones, maquinistas, etcétera, sólo aumentaron en 4 900 000. Ya en 1959 había 36 800 000 empleados frente a sólo 28 200 000 obreros.

Dice nuestro autor que los empleados: técnicos, programadores de calculadoras, analistas de mercados, diseñadores industriales y otros especialistas, se identifican con la tecnostructura y no con la masa obrera.

Otro aspecto importante es el de que mientras los sindicatos obreros se secan gradualmente, surge en las sombras en rápido crecimiento un sector constituido por grupos de educadores y de científicos investigadores.

Su relación con el nuevo sistema industrial se parece a la que tuvo la banca con la industria en sus etapas iniciales. El capital era entonces decisivo . . . pero ahora —dice Galbraith— lo decisivo es el talento calificado y especializado, y le llama a este nuevo grupo que debe su influencia a que crece y crece, le llama el estamento pedagógico y científico.

Nuestro autor da cifras y dice que los profesores de *Colleges* y Universidades eran apenas 24 000 en 1900; 49 000 en 1920; 495 000 en 1964; y se espera que en 1977 serán 920 000 lo que significa una multiplicación por 40 en menos de 80 años.

Agrega que sólo 238 000 estudiantes estaban inscritos en todos los *Colleges* y Universidades en 1900; eran 3 377 000 en 1959; 6 348 000 en 1967; y se prevé que lleguen a 9 685 000 en 1977.

Dice que en el pasado los educadores eran una casta inferior desde el punto de vista económico y social.

Pero con el ascenso de la tecnostructura, las relaciones entre los funcionarios de la gran empresa y los miembros del estamento pedagógico y científico sufrieron una transformación radical.

En el año de 1963, una empresa multinacional, la Dupont, convocó a una conferencia de educadores que tuvo lugar en Wilmington, Delaware, EUA, había un representante de la Universidad de Oxford, uno de cada una de las universidades norteamericanas y yo asistí en representación de la UNAM durante los 11 días que duraron las pláticas, la empresa hizo sentar a sus altos ejecutivos intercalados con los educadores y se intercambiaron informaciones teóricas y prácticas y pude darme cuenta de la importancia que atribuían a nuestras opiniones, lo cual no dejó de sorprenderme.

Dice Galbraith que la tecnostructura depende cada vez más profundamente del

DR © 1975, Facultad de Derecho de la UNAM

estamento pedagógico y científico por su necesidad de contar con elementos altamente calificados.

Agrega que la que podríamos llamar ciencia social distinguida ya no es revolucionaria; que tal como Marx predijo no está ocurriendo, pues en lugar de pauperización lo que existe es opulencia y que la amenaza de una crisis que hundiera el sistema capitalista desaparece ante una planeación que amortigua las depresiones en lugar de que se vayan acumulando y agravando y por último, los sindicatos que deberían ser la punta de lanza de la revolución se amansan y hasta son absorbidos.

La situación del poder ha cambiado tanto que si antes el nombre de un banquero al figurar en un consejo de una gran empresa era prometedor de acceso a los capitales, ahora se les sustituye con un científico que significa acceso al talento y a los últimos progresos tecnológicos.

Nuestro autor lanza una protesta contra el sometimiento de todo al nuevo Estado industrial y recomienda que las comunidades universitarias y las de los *Colleges* conserven su autoridad sobre la educación que imparten y sobre la investigación que emprenden. Piensa que no se subordinarán si se dan cuenta de que conforme al contexto mencionado el que instruye a los profesionales constituye un centro de poder y tiene que ejercitar ese poder no sólo para ayudar al sistema industrial, sino al desarrollo de la personalidad humana, al desenvolvimiento intelectual y artístico del hombre.

Galbraith concluye que si en los días en que el capital era decisivo el banquero no dejó de hacer notar su poder, el educador no debería ser hoy un ingenuo frente al banquero de otros tiempos.

Es posible que nuestro autor tenga una forma peculiar de juzgar la sociedad a que pertenece y tal vez no sea totalmente imparcial, sin embargo he creído que de todos modos resulta interesante conocer sus puntos de vista y por eso me he atrevido a sintetizarlos.

Hugo Rangel Couto

DR © 1975, Facultad de Derecho de la UNAM